

más vergonzosos desórdenes, la que protegió en las almas de la Magdalena y de Agustín los nobles instintos contra los voraces ardores de las pasiones, tanto que, en el momento en que se rompieron las cadenas del pecado, se elevaron bajo la influencia de la gracia divina á una pureza y á una perfección á que han podido llegar muy pocos santos. La imagen de Dios vive y obra en las almas de manera tan vigorosa é indeleble, que nadie puede, en mucho tiempo, olvidar su origen, sus deberes y su destino.

Cuando en medio de la embriaguez de los placeres, llega á nuestro espíritu el pensamiento saludable de la muerte, del juicio y de la recompensa; cuando en la desesperación de la cólera aparece á nuestros ojos la fuerza de Dios misericordioso; cuando en el desierto de una vida, pasada en el olvido de Dios, aparece á nuestra memoria el recuerdo de hermosos días de tiempos que pasaron en una juventud piadosa, y con vivacidad tal que no podemos alejar de nosotros semejante visión, la imagen de Dios es la que produce en nosotros ó lleva ya consigo esas emociones saludables. Testimonios magníficos y evidentes efectos de esa imagen divina que en el día de la creación imprimió Dios en el alma del hombre, son el deseo de más noble vida que nace en el corazón del libertino; los remordimientos de la conciencia en los excesos; la imposibilidad de encontrar satisfacción completa en el vino, en el juego y en las diversiones; el disgusto que viene en pos de todo goce inmoderado de placeres terrenos; la indecible é imperiosa aspiración á la felicidad y la satisfacción de la verdadera dicha.

10. Honor que resulta al hombre de ser la imagen de Dios. Deberes que de ahí nacen.—Es, pues, el hombre algo más que el último anillo en la cadena de los seres terrestres, algo más que el límite extremo del mundo sensible. Que lo sea, nadie lo pone en duda; pero lo que hay en él de divino lo eleva tanto, que el mundo entero con toda su ciencia, con todos sus placeres y con toda su belleza, es incapaz de colmar sus deseos y de satisfacerlos

por completo. Creado por Dios, hecho á su imagen y destinado para poseerle, es demasiado noble, demasiado grande, para quedar satisfecho con una criatura, ni aun con el conjunto de todas las criaturas. Los esfuerzos que hace para detenerse en su marcha al soberano bien, acantonándose en la bajeza, no pueden satisfacer su espíritu que le responde siempre de esta manera: «He nacido para cosas más grandes».

Tiene, pues, obligación de conducirse conforme á su naturaleza y á sus destinos. Las altas dignidades y las eximias noblezas imponen deberes superiores. No falta al hombre dignidad: se la ha concedido Dios en proporción tal, que no es posible sobrepasarla. «¿Qué es el hombre, exclama maravillado el profeta, para que te acuerdes de él, ó el hijo del hombre, para que lo visites? lo coronaste de gloria y de honor y lo constituiste sobre las obras de tus manos». ⁽¹⁾ «¿Qué cosa es el hombre, para que le engrandezcas? ó ¿por qué pones sobre él tu corazón?» ⁽²⁾ ¿Qué pensar del hombre, cuando Tú, dominador poderoso, lo juzgas con tranquilidad y lo dominas con gran comedimiento? ⁽³⁾ ¿Qué pensar de él, cuando se ve al Hijo unigénito de Dios que le sigue con ansiedad á través de los desiertos y de los precipicios, como si hubiera perdido una parte de sí mismo? ⁽⁴⁾ ¡Ah! no pierde sólo una parte de sí mismo, cuando se desvía un alma del verdadero camino: ¡no! pierde infinitamente más, pierde su imagen viva. Por ella no considera penosa ninguna investigación; por ella tiene en tan alta estima al hombre y lo trata con tanto respeto; y para salvarla y para levantarla de su caída, «da su misma vida». ⁽⁵⁾ En una palabra, no ve en el hombre una simple criatura, ve su propia imagen.

Si en tanta estima tiene el hombre el fiel retrato de un amigo querido; si el artista, cuyos pinceles han hecho el

(1) Salmo VIII, 5 y siguientes.

(2) Job. VII, 17.

(3) Sabiduría, XII, 18.

(4) Ezequiel, XXIV, 16.

(5) S. Juan, X, 11.

retrato de un ser tiernamente amado y profundamente venerado, profesa á aquella imagen un doble amor, ya como recuerdo, ya como obra perfecta que ha salido de sus manos, ¿nos maravillaremos de que á los ojos de Dios seamos dignos de consideración y de respeto? No sólo nos ha prodigado los tesoros de sus ternuras infinitas, no sólo nos ha creado á su imagen, sino que ha querido añadir un tercer motivo á nuestro amor, haciendo de nosotros fiel copia de su misma belleza.

Por consiguiente, respétate á ti mismo, ¡oh hombre! y considérate con aquel santo terror y con aquella santa y delicada atención que exige la imagen de la verdad eterna, del más excelente bien y de la más elevada belleza que tienes en ti mismo. Ningún fin puede ser demasiado elevado, ningún esfuerzo demasiado grande para un ser que Dios mismo ha hecho á imagen de su propia belleza, que ha recibido de Dios el poder y el deber de subir á las alturas de la perfección, de llegar con su ayuda y con su dirección hasta semejarse á Él de la manera más perfecta posible. Modelo de belleza incomparable y de perfección sin límites, permite imitaciones hasta lo infinito. ¡Esforcémonos todos á copiarle según la medida de nuestras fuerzas! Es cierto que las copias no serán obras perfectísimas, como lo reclama el honor del modelo, pero tampoco serán una caricatura.

Sólo este temor debe ya darnos valor para dirigir nuestra atención á la magnificencia del Señor, y para contemplarla, para llegar cada día á una semejanza más perfecta con Él, hasta que un día «seamos transformados en su misma imagen». ⁽¹⁾

(1) II Corint., III, 18.

CONFERENCIA II

LA RAZÓN

1. **El Racionalismo, síntoma de enfermedad intelectual.**—El que está bien, jamás habla de salud: ni aun piensa en ella. Por el contrario, si alguien se manifiesta inquieto sobre su estado; si atormenta con preguntas sobre lo mismo á cuantos encuentra en su camino, hasta el punto de hacerse insoportable; si compra cuantos manuales de medicina se editan y se pone al corriente de los diversos medios curativos, puede desde luego conjeturarse que está enfermo ó en su cuerpo ó en su imaginación. El que es libre, no sabe cuánto vale la libertad; pero ha tenido la desgracia de ser encerrado en una prisión, y ya es la libertad su primer pensamiento al despertar y su último pensamiento al conciliar el sueño: ella alimenta las más dulces ilusiones de su vida.

Idéntico espectáculo nos ofrece la historia. Hubo un tiempo en que eran libres los griegos y los romanos; obraban como ciudadanos libres, y no pensaban en formar frases quiméricas sobre la libertad. Llegó un día en que fueron esclavos, y la palabra «libertad» estaba siempre en sus labios. Por eso, después de los excesos de la mesa, en los momentos de reposo que tomaban para prepararse á mayores orgías, hacían que les hablasen los estoicos de la forma en que es libre el hombre sabio, aun entre cadenas. Rara vez se pronunciaba en la Edad Media la palabra «libertad», no había motivos para suspirar por ella: estaban contentos con ser libres.

Mas apareció una era nueva, cuando con sus escritos